

REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS **61-62.**
Interculturalidad y confianza

¿Hasta donde va la confianza?
Edgard Weber

¿Hasta donde va la confianza?

Edgard Weber*

RESUMEN

El autor piensa en la confianza como en un proceso que sitúa al individuo en una posición que no tenga únicamente en cuenta su grupo, su entorno directo o de interés, sino toda la humanidad sea cual sea su origen, raza o clase social. En otras palabras, un proceso que sale de lo particular y se interesa por lo universal, como un horizonte que se aleja a medida que nos acercamos y como un proceso construido con el Otro. En este sentido, en la confianza subyacen tres condiciones: la esperanza, el amor y la fe.

UNA SITUACIÓN DE CONFLICTO

Crisis, complejidad, violencia. Tres palabras que dominan la actualidad cotidiana. Basta con pensar en Oriente Medio y especialmente en el Líbano, donde diferentes comunidades religiosas se han enfrentado durante quince años (1975-1990). Basta con pensar en el umbral del siglo XXI en Afganistán o en Pakistán donde grupos extremistas han intentado imponer su modo de vida contra toda modernidad. Basta con pensar en las relaciones israelopalestinas que se traducen dramáticamente en operaciones suicidas seguidas de represiones extremadamente violentas.

¿Y qué decir del presente, sabiendo que Estados Unidos, con razón o sin ella, quiere derrocar al régimen de Saddam Hussein en Irak, al precio de una guerra que será siempre más sangrienta de lo previsto? El panorama de la violencia podría extenderse a todos los continentes; la violencia y la inseguridad han alcanzado a las grandes metrópolis.

¿Cómo observar esta realidad brutal si no es con pesimismo, desilusión y derrotismo? ¿Cómo se puede mantener todavía un mínimo de confianza en la especie humana que, aquí y allá, da todos los motivos posibles para la desesperación?

*Director del Centre d'Études sur le Monde Arabe et l'Asie (CMAA).

Profesor de Lengua y Cultura Árabes, Université de Toulouse-Le Mirail, Francia.

eweber@univ-tlse2.fr

La confianza en el hombre es siempre una apuesta, sobre todo en la medida en que nuestras sociedades han adquirido una gran complejidad. En la configuración actual del mundo y de las relaciones internacionales movidas por el beneficio económico y la hegemonía política, no basta con apoyarse simplemente en la tradición, en los mitos o en la religión. El hombre necesita vivir en un espacio donde la seguridad sea real. Pero ese sentimiento de seguridad sólo puede existir si va acompañado de una determinada confianza hacia el Otro. Mientras la desconfianza prevalezca, ninguna vida social armoniosa podrá alcanzar su pleno desarrollo. La confianza está a su vez ligada a condiciones que hacen que la vida en grupo sea armoniosa. La construcción de la confianza es indispensable para toda vida en grupo, pero ¿cómo llevarla a cabo?

Más que nunca, los individuos y los pueblos se encuentran gracias a los viajes, al turismo, al trabajo, pero también a causa de acontecimientos más trágicos como las guerras, las persecuciones, las catástrofes naturales. Los pueblos se mueven y, como a lo largo de toda la historia del mundo, en general son los más pobres y los más desfavorecidos los que se desplazan y van a buscar su sustento en el país del favorecido y del rico. Pero cada civilización, cada cultura mira al Otro a través del prisma de sus propias certidumbres y de sus análisis. Es muy importante tomar conciencia de cómo se fabrica la imagen del Otro. ¿Qué piensa el “rico” del “pobre” que se instala en su país? ¿Qué piensa el “pobre” cuando decide abandonar su país e instalarse en otro? En este encuentro, a menudo hay incompreensión, circulación de estereotipos, miedos y repliegues...

El principio del tercer milenio se abre sobre conflictos espantosos en Oriente Medio, ya sea en Afganistán, en Palestina o en otros lugares. Los seres humanos parecen no conocer más que el odio y la violencia; y el diálogo, la negociación, el compromiso parecen imposibles. Mientras no se restablezca la confianza, nos enfrentaremos a lo imposible. Porque lo imposible, en todos los ámbitos, se nutre, en gran parte, de la falta de confianza.

DEFINICIONES

Si consultamos en los diccionarios el sentido de la palabra confianza, aparece que es ante todo un sentimiento de seguridad del que se fía de alguien, del que se da a alguien o a algo. Este sentimiento de seguridad no es solamente individual, puede existir en un pueblo entero en virtud de la situación política o del estado de las cosas. Equivale entonces al sentimiento de certeza. Ese mismo sentimiento que aparece cuando el individuo confía en sí mismo. Entonces requiere audacia y valentía. La confianza es también un apoyo que el individuo o el elegido le da por ejemplo a su Gobierno mediante la mayoría parlamentaria.

Todas estas definiciones insisten en la faceta individual y personal. Pero, en la exploración compleja del sentimiento de confianza, ¿no sería necesario explorar otras dimensiones que evitan que el sujeto se repliegue demasiado en sí mismo y se constituya como centro hacia el que el Otro no tiene más que converger? En este caso, ¿no habría que considerar a la confianza como un proceso que va contra la individualización, un proceso cuyo objetivo es la universalidad? Entendemos por ello un proceso que sitúa al sujeto en una posición en la que tiene en cuenta no a su grupo de origen o a su entorno de interés, que siempre le dan una relativa satisfacción, sino a toda la humanidad, es decir, a todo hombre y a todos los hombres, con independencia de su origen, su raza, su clase social.

Si el objetivo de la confianza es la universalidad y si la confianza es incluso un proceso de universalidad, entonces se opone a lo particular que, por esencia, depende de la opinión, de la costumbre, de las leyes específicas que se fijan los hombres.

La confianza aparece como un proceso de superación de lo que es opinión y costumbre. Se podría incluso pensar que sólo hay confianza en el Otro si se supera la opinión propia, si se sale de la costumbre que modela la forma de pensar y de vivir, si se es capaz de cambiar las leyes que definen el orden social, intelectual y moral...

Vista desde esta perspectiva, la confianza es un proceso que deja a un lado la subjetividad para interesarse por lo universal. En este sentido, la confianza se sustenta en tres condiciones: la esperanza, el amor y la fe.

La esperanza

Recurro conscientemente a este vocabulario que recuerda casi a un discurso religioso. ¿Pero es acaso tan equivocado, si se piensa en el significado de “religión”, es decir lo que “re-liga” y que por lo tanto constituye un vínculo? ¿Tiene la confianza otro objetivo que servir de vínculo con el Otro para que la vida social sea plenamente posible?

La confianza supone por lo tanto una esperanza. Debemos llamar la atención inmediatamente sobre un posible error. A menudo, incluso generalmente, la palabra esperanza remite al porvenir, a lo que debe o puede suceder. No es ése el sentido que me interesa, ya que la esperanza no tiene nada que ver con el resultado de la lotería, es decir con la espera de un acontecimiento guiado por el azar. En este caso, se trata de una esperanza que sitúa al sujeto en una situación de paciencia a pesar de la prueba de lo real. Se trata por lo tanto de un tiempo presente más que de un tiempo que está por venir. La esperanza es también lo opuesto a la desesperanza que sitúa al sujeto en una finitud irreversible, que hace creer al sujeto que todo se ha jugado y se ha jugado definitivamente.

La confianza de la que hablamos aquí sitúa al sujeto en la situación de paciencia respecto a la verdad universal. Se trata entonces de una forma de pensar que lo universal es posible y que lo universal es capaz de triunfar sobre todas las mezquindades que lo particular puede engendrar.

La fe

La confianza supone también fe. No defino este concepto en el sentido de creencia o de certidumbre. Ya que la creencia y la certidumbre no tienen mucho que ver con la verdad. Pueden estar muy alejadas de lo real y de la realidad. La certidumbre es incluso un proceso del que hay que desconfiar, porque no se aparta en absoluto de la rigidez del dogma absoluto. Y sin embargo el dogma, en el ámbito de la religión como en los otros ámbitos, deja muy poco espacio para el Otro. Y si le deja algún espacio, es el que él mismo ha definido sin pedir la opinión del Otro. Por lo general, el Otro se ve también apartado o incluso rechazado en nombre de las certidumbres. La fe, la definimos como una apertura sobre lo verdadero, sobre la verdad, lo que tiene sentido, lo que precisamente debe buscarse en otro lugar y sin tregua. El horizonte de ese otro lugar es justamente la universalidad que reserva a todos y a cada uno un lugar igual para construir sentido y humanidad.

El amor

La confianza supone, finalmente, amor como poder “universalizante”, aboliendo las famosas especificidades que obstaculizan la superación del Yo. Es fácil amar al semejante o al idéntico con mayor razón, ya que en lo idéntico o en lo semejante se ama, por encima de todo, a uno mismo. El amor como poder universalizante es una labor que, por excelencia, no se termina nunca. ¿Quién podría pretender haber alcanzado los límites del amor?

Si volvemos ahora sobre los tres conceptos que me interesan: esperanza, fe y amor, tal y como los he definido, resulta también que estos tres conceptos son inseparables uno del otro. No puedo abordar la labor que nunca se termina del amor sin estar movido por una indefectible paciencia / esperanza y si no tengo fe, no en mis certidumbres, sino en la verdad de lo universal.

LA UNIVERSALIDAD

He insistido mucho en el concepto de universalidad. En efecto, la universalidad es lo que engloba y lleva hacia arriba, hacia más humanismo y humanidad. ¿Pero dónde está esa universalidad? ¿Todavía existe? Existe como un horizonte que se aleja a medida que nos acercamos a él.

Debemos confesarlo, sólo tenemos la experiencia de lo particular, de lo singular. Cada uno en su cultura específica aprende sólo lo particular y lo singular. De forma espontánea, ninguna cultura educa en la superación de sí misma, al contrario, educa en el conocimiento de sí misma que siempre será particular.

En la misma medida que la interculturalidad, la universalidad es esencialmente un desafío que hay que plantear frente a lo particular y a los particularismos. Hay que ser muy consciente de que lo que separa a los hombres son las diferencias. Pero lo universal debe abordar las diferencias y es con ellas como debe construirse lo universal, es el universal hacia el que se orienta el amor.

¿Hay que entender entonces lo universal como una negación de lo particular? No, porque sin él, no me podría apoyar en nada. Debo apoyarme en la experiencia de lo particular para llegar hasta lo particular del Otro, con vistas a una superación recíproca. El peligro sería que lo universal se presentara bajo los rasgos de lo particular. La mundialización supone un peligro de esa índole, porque se presenta a menudo como la generalización de lo particular americano.

Lo universal pertenece a otro orden. La mundialización, o globalización, es un proceso de generalización que se preocupa muy poco, o nada en absoluto, por la conciencia del Otro, por su consentimiento o por sus dificultades.

Lo universal sólo puede concebirse si no se viola, si no se fuerza, si no se manipula la conciencia del Otro, si el Otro sigue siendo fundamentalmente la humanidad en la que no resulta vano volcar la esperanza, la fe y el amor. Ahora podría responder a esta difícil pregunta: ¿hasta dónde podemos confiar?

Hasta el infinito, en tanto en cuanto la humanidad no esté construida.